

Mundo

cautivo primera parte

MAX MENDIZÁBAL

Tras participar en una cacería colectiva, uno de los primeros humanos que habitó la Tierra se encaminó hacia la cueva comunal. La arista de una piedra hirió uno de sus pies descalzos. Rezagándose de sus compañeros, sentado en una roca, frotó la parte adolorida y envió la mirada a un horizonte pintado con el ocaso. La inmensidad del valle y de un cielo que comenzaba a salpicarse con estrellas lo mantuvo largo tiempo absorto. Luego bajó la vista hacia sus pies descalzos y se preguntó: “¿Qué soy yo? ¿Quién soy yo?”. Miró con más detenimiento la vastedad circundante y surgieron otras dudas: “¿Qué hago aquí? ¿Por qué existo?”.

A inicios del tercer milenio, los que no han sido sometidos al embrutecimiento del consumismo continúan inquiriendo lo mismo. Siguen investigando sobre su esencia y sobre cómo mejorar las condiciones de vida de sus congéneres y de la suya propia.

Si bien en el transcurrir de la humanidad hubo lapsos sin avances aparentes (de la Edad de Bronce a la Edad del Hierro; de la caída del Imperio Romano al fin de la Edad Media), este infatigable deseo de saber ha propiciado el desenvolvimiento de la sociedad pese a los incontables conflictos bélicos padecidos en los cuatro puntos cardinales. Sin embargo, jamás como ahora había existido un peligro tan grande para la humanidad: el control de miles de millones de personas por parte de una minúscula élite de inconmensurable poder militar y

económico que impone métodos de producción controlados por empresas transnacionales, ideologías lejanas al bien común, culturas estafalarias, explotación extrema de recursos naturales que causarán cada vez más catástrofes debido al sobrecalentamiento terráqueo, o al cada vez más grande hoyo en la capa de ozono que permite el paso de los rayos ultravioleta, lo cual pone en riesgo la sana conservación y la reproducción de la especie.

La globalización promovida por los países poderosos también ha impulsado y alentado una multiplicidad de cambios económicos, culturales, científicos y estratégicos, que a su vez han forzado giros conductuales en la sociedad. Tal fenómeno inducido concilia los intereses de estos países mediante la colocación de sus excedentes productivos y la divulgación de su doctrina y sus costumbres, reforzadas con abundante publicidad y con la omnipresencia amenazante de sus ejércitos, exacerbando la desesperación de millones de familias depauperadas, que se ha ido agravando conforme las condiciones político-sociales se adaptan al plan del Gran Capital, que aprovechó su aplastante superioridad en un momento histórico crucial: la desaparición del escollo representado por la Unión Soviética.

Con el camino despejado, se inició un oleaje de rapiña mundial, consistente en privatizaciones y adquisiciones de industrias locales, ante lo cual no hubo alzamientos multitudinarios, derrocamientos de gobiernos ni choques sangrientos que se opusieran a esa dinámica retrógrada, ya que el derrumbe socialista tuvo un efecto de aletargamiento en la sociedad más progresis-

ta, que no atinaba a elaborar métodos de defensa que evitasen el colapso.

Invalidada a sí misma, no actuó por carecer de una alternativa viable contra la marejada privatizadora que imponía normas económicas, políticas laborales y culturales, y el alud propagandístico, que hizo factible extender el nefasto sistema con el apoyo absoluto de los medios de comunicación.

Una de las herramientas que permitió este giro universal sin presentar valladares tiene origen remoto, establecido de modo empírico desde la formación de los primeros núcleos humanos: la manipulación, por la cual todo ser ajeno a nuestro cuerpo puede convertirse en pieza útil si se le maneja adecuadamente. La manipulación se ha ejercido empleando todos los medios: fuerza, moral, política, psicología, emociones. Siempre ha sido un instrumento del poder tiránico, sea éste familiar, tribal o nacional, las más de las veces bajo argumentos fal-

sos de pretender el mejoramiento del oprimido. Con el paso de los siglos su utilización se ha ido afinando. Las naciones industrializadas cuentan, para sus fines expansionistas y de vigilancia, con la más amplia información de todo cuanto acontece en cada país, en cada ciudad, en cada rincón del mundo, utilizando óptimamente los avances electrónicos de los años recientes.

Para ejecutar con eficacia su proceso manipulador, la globalización dispone de ingeniosos artificios que proporcionan al resto del mundo cuanto anímicamente requiere, artificios que han funcionado mucho mejor que procedimientos policíacos para atenuar y desvanecer reclamos laborales, para incrementar la productividad en fábricas y oficinas, para hacer olvidar a la población sus incontables problemas y desviar estos lejos de su verdadero origen. Tal proceso continúa aplicándose con resultados exitosos. ■



Gustavo Buendía